

La narrativa de Julio Ramón Ribeyro *

Julio Ramón Ribeyro es un novelista y cuentista peruano, ya maduro, conocido en su país, que ahora es editado en España, con todos los pronósticos de un

* JULIO RAMÓN RIBEYRO: *La juventud en la otra ribera*. Biblioteca del Fénice. Argos Vergara. Barcelona, 1983.

JULIO RAMÓN RIBEYRO: *Los geniecillos dominicales*. Colección andanzas. Tusquets editores. Barcelona, 1983.

lanzamiento. Sirvan de varia lección estos dos ejemplos: *La juventud en la otra ribera*, publicada por Argos Vergara, y *Los geniecillos dominicales*, por Tusquets editores.

Y, sin embargo, Julio Ramón Ribeyro, universitario, con estudios varios, de literatura, derecho, periodismo, fotografía..., ya había publicado en su ciudad de Lima, pero en editoriales marginales, de pequeña circulación, libros de cuentos, como: *Los gallinazos sin pluma*, 1955; *Cuentos de circunstancias*, 1958; *Las botellas y los hombres*, 1964; *Tres historias sublevadas*, 1964; y *La palabra del mundo*, en tres volúmenes, que reúnen los cuentos publicados anteriormente, más una treintena de nuevas narraciones. Como novelista, ha dado a conocer las siguientes obras: *Crónica de San Gabriel*, 1960, publicada en España por Tusquets, en 1983, también en la colección «Andanzas»; *Los geniecillos dominicales*, ya editada por «Populibros», en Perú, en 1965; y *Cambio de guardia*, 1973. También ha publicado teatro y artículos. Tusquets ha dado a conocer entre nosotros, *Prosas apátridas*, en la colección «Marginales», 1975.

Las editoriales españolas, que reiteradamente, venían apostando por los nombres consagrados del «boom» hispanoamericano, parecen haberse dado cuenta de que los huevos de oro de la gallina se acababan. No han sido tan avariciosos, o tan insensatos, como para matar a la mítica gallina. Antes de que el tesoro se acabase, han buscado a otros plumíferos, que ya estaban allí y tenían un nombre, pero que aquí, atentos solamente a las grandes firmas: García Márquez, Cortázar, Borges, Vargas Llosa, Fuentes, Rulfo, Carpentier, Lezama Lima, etc., tantas estrellas de primera magnitud, eran unos desconocidos. Ahora que esos grandes nombres son vendidos, en ediciones populares o multitudinarias, con reclamos en la TV, con ventas en los quioscos, las editoriales punteras editan, para la ampliada minoría, nombres nuevos. No son satélites o epígonos del «boom», sino que tienen luz propia. Es el caso de Julio Ramón Ribeyro.

Ribeyro fue cuentista antes que novelista. No vamos a entrar en disquisiciones, si el cuento es un género aparte, un difícil género, o una obra menor, miniatura o parte de novela. El cuento, o la narración breve, constituye un intenso ejercicio de aprendizaje para muchos novelistas, que comenzaron así su carrera literaria. A pocos, o a nadie, diría yo, se les ocurriría comenzar escribiendo algo, como *Guerra y Paz*, *La cartuja de Parma* o *Fortunata y Jacinta*. El novelista va encontrando su camino en un aprendizaje. El cuento tiene menos complejidad formal que la novela. Es una estructura, sencilla, dominada de inmediato por el lector. Es la captación de un instante, de un problema. El cuento debe tener «un no sé qué», que inmediatamente atraiga, subyugue, y se lea de corrido, hasta el final. No se puede leer un cuento en varias sesiones, perdería su aquel, esa emoción del instante que le acerca al poema. La novela es una estructura complicada, o una multiplicidad de estructuras. Precisa de mucho oficio y experiencia.

En el libro de Julio Ramón Ribeyro *La juventud en la otra ribera*, se ve muy bien el proceso de aprendizaje del escritor. Con el cuento o el relato corto, va ensayando su oficio. Se notan las vacilaciones de los primeros pasos; las dudas formales, no resueltas; o la maestría de otros; el premio de haber captado en un instante un retazo de vida, que sigue respirando.

La juventud en la otra ribera reúne veintidós cuentos, seleccionados entre los cien que el autor lleva escritos hasta ahora. En la solapa del libro Ribeyro advierte que no se trata de los mejores, sino de aquellos que guardan una relación y forman un todo orgánico, una estructura de libro. Yo diría que descubren el camino del escritor; sus vacilaciones y logros para hacerse con la prosa, con su lengua propia, para adentrarse luego en la novela y en futuras obras de plenitud.

Da título al volumen el último cuento, *La juventud en la otra ribera* que me parece el mejor. Es una hermosa explicación de la juventud, vista desde la otra orilla; de la madurez ya decadente, a las puertas de la senilidad, desde la perspectiva del doctor Plácido Huamán, que ha visto pasar su juventud, su vida, sin demasiados alicientes. En un viaje a París (¡qué fascinación de los sudamericanos por esta ciudad!) quisiera cogerla de nuevo entre sus manos. Por un momento casi tiene ese resplandor de la juventud, en una aventura llamada Solange. Pero su vida, la del doctor Huamán, se escapará, trágicamente. Este cuento, que habría que leer el primero, se da la mano con el que abre el libro «Tierra incógnita»: La historia del doctor Alvaro Peñaflor, un contemplativo más que un vividor. Lector de Platón, que ve la vida, también desde la otra ribera; desde la soledad literaria, rodeado del silencio sabio de su biblioteca de siete mil volúmenes. Un día sale a la calle, se emborracha, y conoce otros ambientes, que trastocan su identidad.

El oficio de escritor se nota en la fecha en que los cuentos fueron escritos. En general, son mejores los más tardíos. Al final de cada relato, se lee dónde fueron escritos: unos en Berlín, otros en París.

Ribeyro intenta dar al libro unidad temática y formal. Pero las fisuras se notan. En el transcurso de algunos años, han cambiado el estilo y el punto de vista del escritor. Algunos cuentos se refugian en los desvanes de la infancia, como «Por las azoteas», soñador, poético; o «El ropero, los viejos y la muerte», memoria de los antepasados en el espejo, la herencia familiar y los objetos con significado. «Los moribundos» es la nebulosa de la infancia que se pierde en una antigua guerra entre Ecuador, «monós» y Perú, «gallinazos». «Sobre los modos de ganar la guerra», la sátira y la experiencia de un curso de instrucción premilitar. «El polvo del saber», el destino de una biblioteca de un bisabuelo; luego nunca heredada y estropeada; es uno de los mejores cuentos. También lo es «Un domingo cualquiera», día de playa, con escenas costumbristas. Confidencias de dos burguesitas, explicación de la vida sexual. «Vaquita echada», muletilla, expresión de un profesor de Matemáticas del Cuzco, relato de francachela y copas.

«Los pájaros», es uno de los relatos más conseguidos, ambientado en una pensión, en las afueras de Francfort, donde Hartman, el dueño de la pensión, antiguo nazi de Auschwitz, se dedica al estudio, amoroso, de los pájaros. Otro cuento de pensión es «Los españoles», relato costumbrista y sentimental del viejo Madrid: gentes de pensión, patio de vecindad, la historia de Angustias, chica lánguida y orgullosa, y de las cortesanas generosas. Otro relato sobresaliente es «Alienación», sátira sobre «zambos», que ansían ser o parecer norteamericanos. Trabajan, se sacrifican, aprenden inglés, visten a la americana, leen, escuchan música. Estados Unidos los admite, muy bien como turistas, pero no como emigrantes. Al final, como solución, para

«americanizarse», está la lejana guerra de Corea y la muerte, de Roberto o de «Bobi», el protagonista.

«El embarcadero de la esquina» es un largo relato de recuerdos colegiales. Como rasgo formal predomina un lenguaje caótico. «El marqués y los gavilanes», es una sátira, de la vieja y maniática, altanera, burguesía aristocrática, a la que sucede en el mando de la sociedad, una nueva burguesía, de negocios, más pujante. «Silvio en el rosedal» es otro relato interesante, entre el cuadro costumbrista de la burguesía hacendada y el raro enigma de Silvio, violinista frustrado, que intenta explicarse el significado de «Res» o de «Ser».

No he reseñado aquellos cuentos, que en mi lectura me parecieron menos interesantes. En conjunto es un volumen apreciable, que muestra un estilo ascendente del autor. Reflejan sus experiencias infantiles y juveniles, familiares y sociales, entre las cuales se mueve una voluntad de estilo. Sobre los cuadros costumbristas y pintorescos, destacan aquellos relatos de experiencia, y sobre todo, aquellos que tienen en su interior «una filosofía» ese ver «la juventud desde la otra orilla», que dirá Ribeyro.

Los geniecillos dominicales es una novela que significa la maduración estilística del autor, la consecución de una obra plena de estructura y de contenido, cualidades que, por su heterogénea condición de relatos varios, se perdían en *La juventud en la otra ribera*.

Los geniecillos dominicales es una novela de 243 páginas, estructurada en 24 capítulos, que relatan la peripecia vital de Ludo, un joven perteneciente a una burguesía de leyes y académica, honorable, venida a menos, que será suplantada por la nueva burguesía de los banqueros y los negocios. Ludo escapa, con sus amigos, de las responsabilidades de un camino en la vida, de la ruina económica de su casa, a través de juergas, borracheras, salidas nocturnas, carreras mortales en coche, prostíbulos. Como si quisiera ahogar su frustración, entre las paredes de cristal del alcohol o entre los muslos del sexo. En todo este caos, que amenaza con su desintegración, la preocupación por ser escritor, la literatura como salvación.

Los geniecillos dominicales es una novela urbana, ubicada en Lima y sus alrededores, de El Callao y las playas cercanas. El protagonista, criado en el barrio residencial de Miraflores, feudo de la antigua burguesía ilustrada, ahora solar de la nueva burguesía económica, anda, una y otra vez, por las calles principales de Lima: Avenida de Arequipa, Paseo de la República, Plaza de Armas. O se pierde por los barrios marginales o por las calles del puerto; en las tabernas, tugurios, prostíbulos, salas de fiesta y sexo. Lima cobra así la dimensión de un escenario, Ludo y Pirulo, y sus comparsas, estudiantes de San Marcos o de la Universidad Católica, ociosos, sin demasiadas aspiraciones, salvo algunos intentos literarios, siempre en escena, agotan su peripecia vital; entre las propinas de papá que paga, la bebida, el sexo, la falta de ideales, la sordidez, la nadería. Lima adquiere la categoría de un símbolo. Es la ciudad con presencias coloniales, todavía; el centro residencial y comercial; las barriadas marginales. La tierra y el mar. La casa y la calle. La madre y la prostituta...

Julio Ramón Ribeyro ha pintado el cuadro de una sociedad en crisis, de la burguesía culta, de títulos y despachos, universitaria, jurídica o académica, en vías de extinción, arrinconada por la nueva burguesía, comercial y bancaria, que la desposee de todos sus privilegios, hasta de sus casas, como en el caso de Ludo. Una burguesía

que vive de cargos públicos; que pasea en coches oficiales, como Pirulo, hasta que su padre, prefecto de Ayacucho, es asesinado por unos «indígenas», que reivindicaban sus derechos. Ludo está inmerso en el pasado familiar, ilustrado y jurídico: Un bisabuelo fue rector de la universidad. La familia es una galería de retratos, que están ahí, como un ejemplo inalcanzable. Va a terminar la carrera de Derecho, busca un empleo y no es tan fácil. (Su padre ha muerto, hay un eslabón roto, un sillón vacío, y el vacío no se hereda.) La familia va hacia el fracaso. La ayuda de la otra familia, la de tíos y parientes, no sirve de mucho; conoce el mundo de la abogacía, que no le convence. Ludo es un escritor en potencia, que ve el palacio de justicia con ojos kafkianos, que critica la absurda burocracia. El conocimiento de la nueva burguesía económica, encarnada en su tío Carmelo, presuntuosa y desconfiada, tampoco le convence. Ludo y Pirulo ejercerán, durante poco tiempo, de vendedores de insecticidas, oficio, que ni económica ni moralmente, les satisface. En varios pasajes de la novela, insiste Ribeyro en la comparación de la vida, con el juego del ajedrez. Pero sus personajes protagonistas, no juegan, no arriesgan nada; se dejan llevar por el coche, por la desidia, hacia el alcohol, hacia el sexo. Huyen de la vida.

Ribeyro ha escrito la historia de una alienación, individual, del protagonista, y colectiva, del grupo social. Alienación que en algún caso podría ser salvada por el amor al arte, por el cultivo de la literatura. (En varios pasajes de la novela se habla de proyectos literarios: fundación de una revista, de la cual sólo existe el nombre, *Prima*; lecturas literarias en el ateneo.) Son personas amorfas. Precisamente a Ludo le falta voluntad de ser, un proyecto de vida. Su dejarse llevar por la vida, como una concha vacía en el mar, le conducirá desde las aventuras, las juergas, las naderías, la alienación, hasta el robo y el homicidio.

Ribeyro refleja en su novela a una clase a punto de extinguirse, pero todavía depredadora, que ha perdido sus ardides de águila, y se conforma con el vivir del buitre. En esta obra, el sexo es también protagonista. La mujer es vista, como carne, sin alma, una hembra que conseguir, una pieza que «tirar». (Esta insistencia, puede apreciarse, sobre todo, en las páginas 208-209.) La ruta de la alienación, se repite, una y otra vez: encuentros intrascendentes entre los amigos, condiscípulos; unas copas; otras copas; y al final el lupanar. Es la promoción. «En este grupo nadie trabaja» (página 85), así resumirá Ribeyro su condición vital.

El autor describe en tercera persona, linealmente, la peripecia del protagonista, el ocaso de un grupo social y de una promoción. La novela es sencilla, formalmente, y apenas ofrece dificultades técnicas al lector. Tal vez al final existe narración de carácter caótico, con acciones divergentes, diálogos que se aproximan al absurdo. Su lengua es sobria, directa, sin barroquismos. No hay muchos indigenismos; es de fácil lectura para el lector español.

Ribeyro nos ha dado un cuadro psicológico de la sociedad limeña. Y también existencial, del joven Ludo, prototipo de una generación. A veces, consigue un perspectivismo de tablado de títeres, muñecos, sin voluntad, que son llevados, de aquí para allá. La ironía del autor consigue sus mejores logros. (Como en las págs. 75, 111, 188, etc.) Veamos el siguiente retrato: «Se trataba de un mozo simpático y “snob” que había abandonado hacía poco el estatuto del peatón para lanzarse en su “coupé”

convertible por los barrios populares a la caza de vírgenes humildes. Era un método infalible: no hay feo en Cadillac.» Esta ironía, llega en ocasiones a despiadada sátira quevedesca, al hablar sobre la raza, peruana o limeña. «Había narices que se habían equivocado de destino e ido a parar sobre bocas que no les correspondían» (pág. 123).

En numerosas ocasiones sorprendemos frases felices, sentencias que resumen toda una filosofía de la vida. Como en páginas 173 o 181, 189, 191, 219, etc. «Qué corta es la estación del amor y frágil la alegría» (pág. 189). El autor diluye, por boca de sus personajes, observaciones sobre los grandes maestros literarios (pág. 51), o teorías sobre el cuento y la novela (pág. 101), que muestran sus raíces estudiosas y humanistas.

Esperemos que estos libros de Ribeyro lleguen al favor del público español. Ya es hora de que vaya aprendiendo otros nombres, que no estaban en el bombo del «boom» de la literatura hispanoamericana.—AMANCIO SABUGO ABRIL (*Urbanización A.S.A. «Los Llanos», 1. VILLALBA. Madrid*).